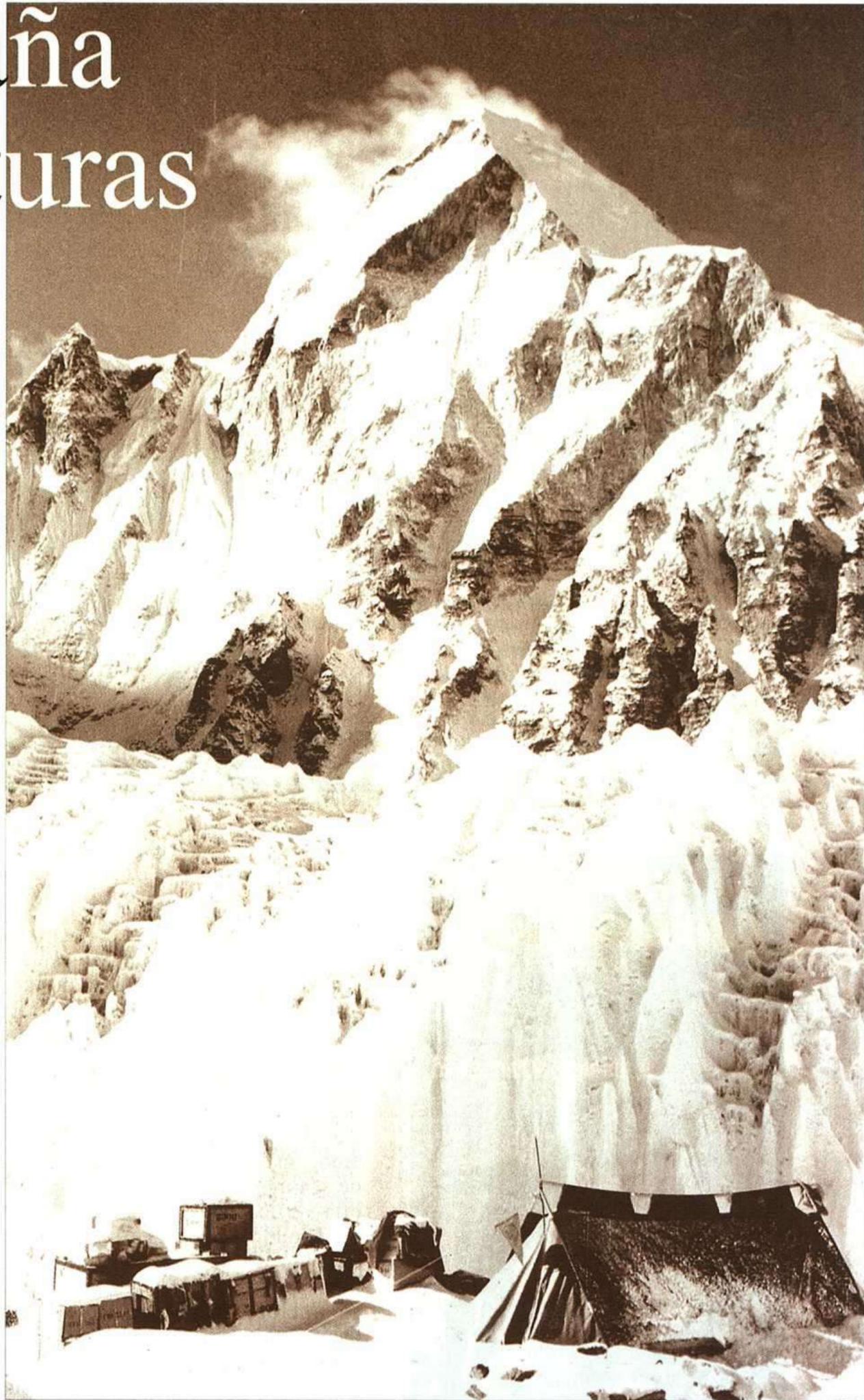


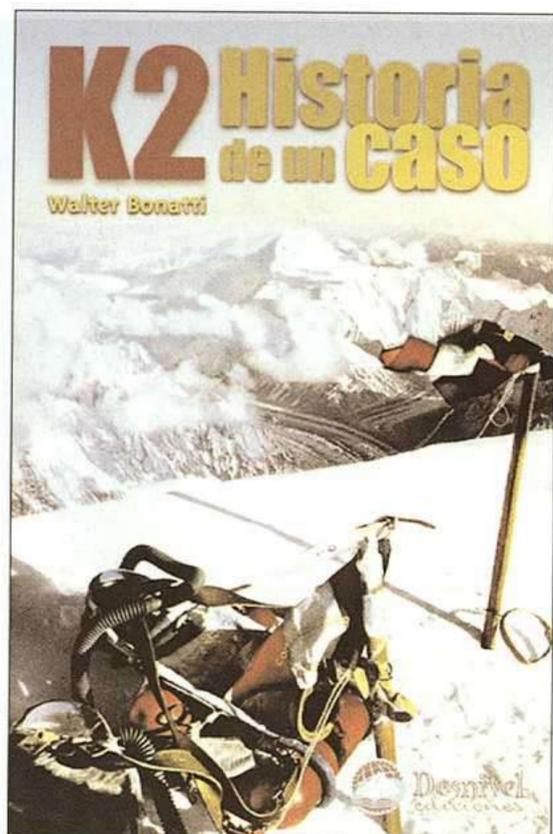
# La montaña y sus lecturas

**Miquel Rayó\***

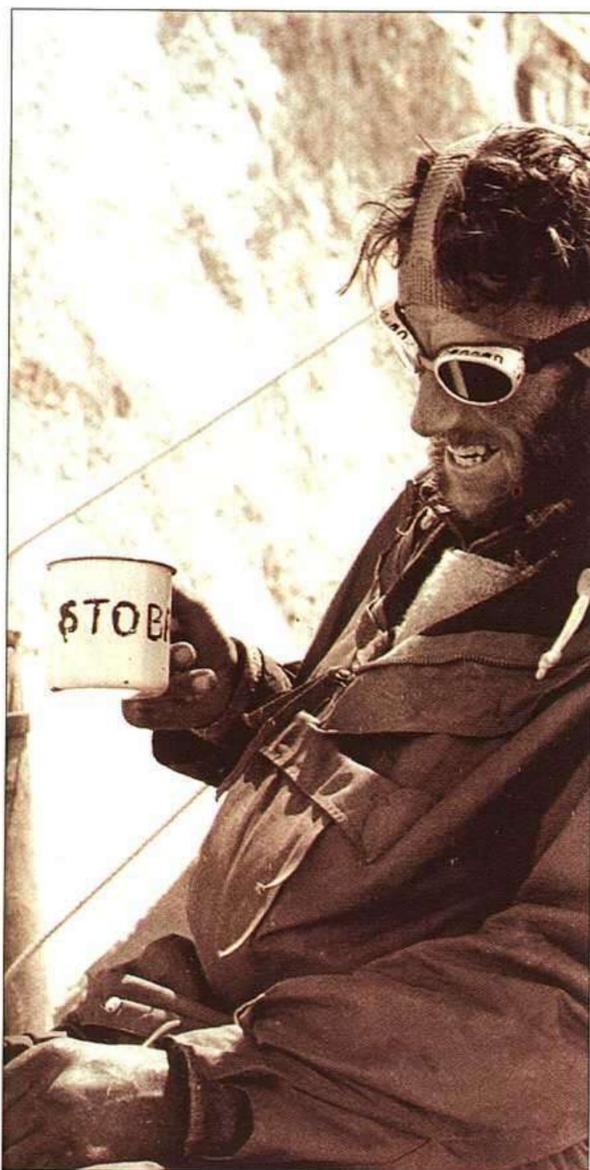
*Las montañas se suben dos veces. La primera vez, físicamente. La segunda, escribiendo la aventura. Muchos montañeros han sido y son excelentes escritores y nos han dejado relatos memorables de sus hazañas. Miquel Rayó, el conocido escritor mallorquín, ha seleccionado algunas obras que querría dar a conocer al lector joven, en las que prima tanto la calidad literaria como la emoción de la gesta narrada en primera persona, de primera mano. Hillary, Terray, Messner o Herzog son algunos de estos héroes.*



La techo del mundo, el Everest. En primer plano, un campamento base.



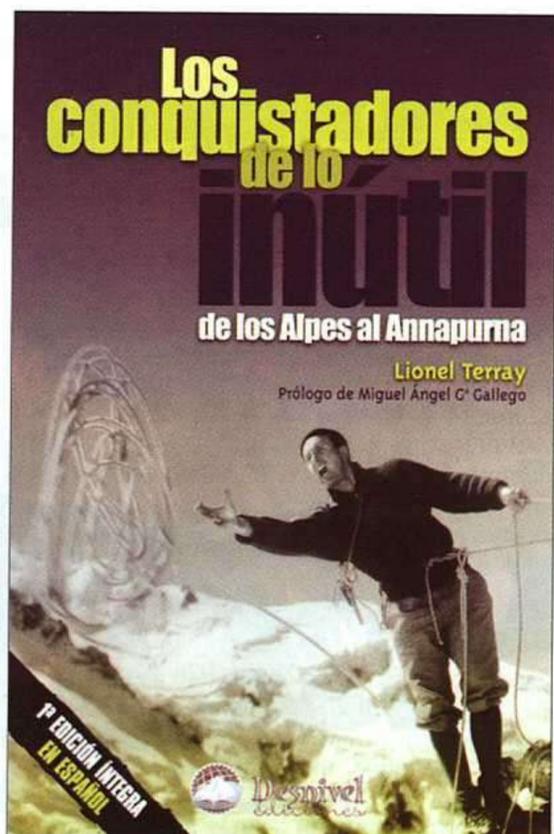
Hace ahora cincuenta años, un apicultor de Nueva Zelanda, Edmund Hillary (foto de la derecha), y el sherpa, Tenzing Norgay, de la expedición británica dirigida por John Hunt, coronan la cima del Everest.



caída, desde un saliente, sobre un glaciar infinito, bajo una avalancha de piedra o de nieve? ¿Quién en su sano juicio quiere aceptar el riesgo de quedar congelado en alturas a las que sólo llegan, y raramente, otros chalados como él y los córvidos? Toda crítica en este sentido es inútil. Hay deportes mucho más peligrosos. Los montañeros son gente singular, atrevida, testaruda, viciada: no pueden dejarlo. Incluso aquellos que han padecido alguna de sus terribles consecuencias (mutilaciones por congelación, fracturas, caídas, cegueras temporales, la pérdida de un compañero o compañera...) no pueden, no desean dejarlo. No hay razones para dejarlo; las hay, y muchas, para seguir adelante, hacia arriba, hacia la soledad absoluta, hacia el silencio de las cumbres. Se anhela mirar desde la altura, sobre grandes espacios, hacia el horizonte lejano; se desea la altura; se acepta el reto. Las montañas se escalan «porque sí» (dicen que dicen muchos), «porque están ahí» (dicen que dijo Mallory), o «por si acaso» (dicen que dice Juanjo San Sebastián).

## Aventura de primera mano

Nos sorprende que alguno de los relatos escritos por montañeros no tengan entre los lectores jóvenes de hoy más difusión. No nos referimos a las obras «sobre» montañeros o ambientadas «en» la montaña escritas *ad hoc* por los autores de literatura infantil y juvenil, de las que hay magníficos ejemplos (véase Josep Francesc Delgado, Gonzalo Moure, Jaime Cela, entre otros). Queremos hablar aquí de los relatos difundidos entre el gran público y escritos por montañeros que, de alguna forma, son figuras ya casi legendarias en el mundo del alpinismo, sujetos de ascensiones primeras o difíciles, o por alpinistas de ahora, que nos acercan con una sabia aleación de lenguaje directo y emoción primaria a la fascinación por las cumbres, por las expediciones. Existe un público lector para esas obras; seguramente está formado por los numerosos aficionados a este deporte en sus múltiples modalidades (escalada libre, senderismo y *trekking*, ascensiones de corte clásico o expediciones a montes de todo el mundo, de Akaska a la Antár-



**C**ompartimos la idea que alguno, con más conocimientos sobre el tema, ha expresado antes: las montañas se suben dos veces. La primera vez, físicamente. La segunda, escribiendo la aventura. Numerosos montañeros han sido y son excelentes escritores (o al revés), y por eso han dejado relatos memorables de sus escaladas. Su afán literario ha sido expresar la emoción —¿la más intensa posible?— de sentirse colgado en paredes de inaudita verticalidad, de ascender por esas grietas imposibles, de cruzar este nevero peligroso, de pernoctar en un collado inhóspito, o de lograr poner el pie (y el alma) en esa cumbre mítica con la que han soñado durante años.

Desde fuera solemos calificar eso como locura: ¿quién, si no un loco, puede aceptar el riesgo de perder la vida en una

tida) y también por los que, como nosotros, apenas salimos de casa pero dejamos que la imaginación ascienda picos inaccesibles mediante la lectura de los textos de quienes sí las suben de verdad.

Amplíemos el público para estas crónicas, ofreciéndolas a los lectores jóvenes. Cuentan, en algún caso, el nacimiento y, en otros, el desarrollo de una actividad que permitió, durante el siglo XX, alcanzar los últimos límites de la Tierra y del trasiego humano en ella. Sin duda, serán atractivos aquellos que describen el ascenso al monte más alto del planeta, el Everest (su nombre inglés) o Chomolungma o Sagarmatha (dos de sus nombres locales), en 1953, el 29 de mayo, proeza que significó haber alcanzado lo que se denominaba entonces el «tercer polo». Hace cincuenta años. La expedición británica liderada por John Hunt alcanzó la meta gracias a una coordinación excelente y a una logística meditada, y sobre todo al esfuerzo final de dos de sus miembros: Edmund Hillary y el *sherpa* Tensing, el «tigre». *La ascensión al Everest*, de John Hunt, es una crónica casi fría, metódica, redactada a veces como si de un informe técnico o militar se tratara, y tal vez es ambas cosas. Sin embargo, el gesto supera por lo que significó la aparente rigidez del texto, casi verniano en su simplicidad. El mismo Hillary describe con más detalle su esfuerzo en *Mi camino al Everest*.

Más apasionado, siempre rozando el límite de la exageración e incluso del «autobombo», es el relato de Reinhold Messner sobre su ascensión al Everest sin oxígeno (8 de mayo de 1978; no hace tanto tiempo), una posibilidad que se descartaba hasta entonces, dado el enrarecimiento del aire en tales alturas (recordemos: 8.848 metros). La literatura de Messner en *Everest sin oxígeno* y en otros libros suyos a veces exaspera, pero siempre emociona. Su estilo y técnica en la montaña también desconcertaron tanto a quienes lo consideraban un funambulista del circo, un aventurero mediático y un imprudente, como a quienes a quienes lo admiran. Reinhold Messner no admite competidores, ni hipótesis contrarias. No sugiere, afirma. No discute, impone. Le gustan las polémicas y participa con vehemencia en ellas. Produce textos y



De izquierda a derecha: Lachenal, Herzog, Couzy, Terray y Schatz, un grupo de famosos montañeros franceses que han dejado testimonio de sus aventuras en sendos libros.

películas que se venden bien y mucho. A veces interrumpidos con excesivos momentos de meditación personal pseudofilosófica, sus textos atraen. Su ambición deportiva no conoce los límites, ni los ha tenido él a lo largo de su dilatada carrera de alpinista (ha escalado con éxito todo lo escalable), ni en sus opiniones, ni en sus elucubraciones. Hay que leerlo sin prevención.

Pero, el primer «ocho mil» no lo escalaron los británicos, que aspiraban a conseguir el Everest desde los años 20 del pasado siglo. John Hunt señala, con agradecimiento sincero, que el éxito de 1953 fue posible por la «pirámide de conocimientos» adquirida tras varios intentos infructuosos de otras expediciones financiadas por el Imperio británico. Porque la historia del Everest, de su «conquista» por Occidente (Oriente, antes, no tenía interés por acceder a montes donde sólo los dioses vivían), es una historia de tentativas, de esfuerzos, de dramas. Los jesuitas, en los siglos XVII y XVIII, dibujaron los primeros mapas del Tíbet y del Himalaya. En 1749 se aventura la hipótesis de que una de las cimas del Himalaya es el techo del mundo, hecho certificado en 1852 por topógrafos ingleses. Hasta entonces las observacio-

nes se realizan desde lejos. En 1907 se organiza la primera expedición para hollar su cima. No se lleva a cabo porque el Tíbet es un país prohibido. En 1921 tiene lugar por fin la primera expedición. Ya participa en ella el legendario George Leigh Mallory. Legendario es poco: sin Mallory no habría himalayismo mítico. ¿Alcanzó, en compañía de su compañero Andrew Irvine, la cumbre en su tercera expedición (4 de junio de 1924)? El misterio de los misterios. Ambos desaparecieron y fueron vistos por última vez sobre los 8.500 metros.

Con un poco de crónica negra y aún de morbo a punto de caer en la indecencia, ahora sabemos cómo al fin se encontró siete décadas después de la tragedia el cuerpo de este famosísimo escalador, y podemos estudiar —y aceptar o no— con pasión, irracionalmente, las hipótesis establecidas sobre si alcanzó o no la cumbre antes de caer por los precipicios inmensos del Everest. Yo creo, quiero creer que sí lo hizo... Esos escaladores ingleses fueron portentosos. Se busca ahora el cadáver de Irvine: ¿por qué no puede ser encontrado, y en alguno de sus bolsillos una máquina fotográfica que dé pistas hacia la solución del problema? Se encontró su piolet. *Los fantasmas*

*del Everest, El explorador perdido y La segunda mort de Mallory* (éste, de Messner: la polémica está servida) son fantásticos relatos de aventuras y de descubrimiento. Modernos. Porque si Irvine y Mallory ascendían casi a «pelo» y vestidos como vestían entonces los *sportmen* (en los felices años 20: ¡sus botas eran aún claveteadas y, si no, eran de piel y suela flexible, con lo que difícilmente podían sostener crampones!), los alpinistas actuales disponen de materiales, mapas, vestimentas e instrumentos de comunicación y de localización francamente extraordinarios. ¡Ah, y helicópteros para el rescate! Y las vías de acceso desde el campo base hasta los collados situados ya a ocho mil metros perfectamente preparados y balizados cada año por los sherpas al empezar la temporada de ascensiones.

## Las gestas de franceses e italianos

Pero ya hemos dicho que el primer «8.000» no lo consiguieron los británicos. Maurice Herzog y Louis Lachenal llegaron a la cima del Annapurna (8.075 metros) el 3 de junio de 1950. La ascensión no es gratuita para quienes la realizaron y para alguno de sus sacrificados compañeros: el vivac que hay en la grieta de un glaciar es sobrecogedor. El descenso a los valles —cargados en la generosa y entonces explotada espalda de los serpas— es dramático. Se cuenta todo en un estilo vivo, directo, elemental, sincero y emocionante en *Annapurna, primer 8.000*. Participan en la expedición los mejores hombres —los mejores nombres— del maduro alpinismo francés de aquel tiempo: Lionel Terray, Gaston Rebuffat... Ya leyendas. Sin la ayuda de los sherpas, como siempre, el resultado hubiera sido imposible. Y sin una gran, gran dosis de suerte. Rebuffat y Terray son autores de textos «esenciales»: del primero son *Estrellas y borrascas, seis caras norte* (con magníficas y emocionantes descripciones de duras escaladas alpinas clásicas: el espolón Walker de las Grandes Jorasses, los erizados y casi cortantes Drus, el temible Cervino, el oscuro Eiger...) y *La montaña es mi reino*; del segundo, un título emble-



*La pared más alta, más célebre y más mortífera de los Alpes. Con más de 1.600 metros, ha sido conquistada 17 veces y se ha cobrado 17 víctimas.*

mático: *Conquistadores de lo inútil*. Otro escalador francés de la época, Roger Frison-Roche, escribió novelas alpinas que fueron grandes éxitos de ventas, por ejemplo la siempre reeditada *El primer de la cordada*.

Terray, Frison-Roche, Rebuffat... se habían forjado como guías en los Alpes, las montañas donde nació esta disciplina en el siglo XVIII al ascender el médico Paccard y el buscador de cristal de roca Balmat. Sus estatuas en Chamonix y el pequeño, entrañable museo de esta Meca de los alpinistas, recuerdan su hazaña

pionera. Pero, el Mont Blanc, la montaña más alta de los Alpes y de Europa, es sólo la mitad de alta que los grandes «ochomiles» de Asia. En estas últimas alturas, a más de siete mil quinientos metros sobre el nivel del mar, hasta finales del siglo XX la experiencia era mínima, y los riesgos descomunales. Era y es la zona de la muerte: permanecer en ella varios días entraña riesgos grandísimos. El edema cerebral o pulmonar acecha, las congelaciones parciales o totales pueden ser definitivas, y las avalanchas de roca y de hielo pueden llegar en cual-

quier momento. Hoy puede llegarse al Everest por contrato con agencias de viajes especializadas en subir turistas a la cumbre (turistas, no nos engañemos, muy bien preparados física y psíquicamente). Dos crónicas del trágico resultado de dos expediciones comerciales en mayo de 1996 son ejemplos de la mejor literatura de aventuras: *La fiebre del cim*, de John Krakauer (*Mal de altura*, en castellano), y su réplica: *Everest 1996*, de Anatoli Burkreev y G. Weston DeWald. Nos enteraremos de que, por desgracia, ya hay atascos (a veces mortales) en las vías para ascender a esta cima. Algún día son más de cien los escaladores que taponan los accesos a ella y que esperan turno consumiendo oxígeno y tiempo y a punto de la congelación... En el Everest, cualquier dilación puede ser fatal. Lo fue ese año.

Los italianos tuvieron su momento de gloria en la alta montaña; su campo de acción fue el K2, la segunda cumbre del mundo con 8.616 metros, situada en el macizo del Karakorum (Pakistán). Un italiano célebre entre los montañeros, el duque de los Abruzzos, había probado su ascensión a principios del siglo xx. La expedición de 1954, liderada por Ardito Desio, llegó a la cima en las piernas de la cordada Lacedelli-Compagnoni. Walter Bonatti, conocido montañero y expedicionario, fue acusado de deslealtad, de abandonar a sus compañeros, de cobardía. Durante toda su vida, llena de éxitos deportivos, el escalador Bonatti ha defendido su inocencia. Hoy se sabe que no sólo no los abandonó, sino que contribuyó decisivamente al éxito de la empresa, sufriendo un horroroso vivac a 8.100 metros junto a un esforzado sherpa. Descubramoslo todo en *K2, historia de un caso*, escrita por el mismo Bonatti.

Porque en la montaña el ser humano es (necesariamente) solidario y egoísta a la vez. Contradictorio. Y la polémica entre alpinistas es habitual: envidias, resquemores, celos. También ha existido en España. En los años 70 del pasado siglo algo sucedió en el monolítico pico Urriello, en los Picos de Europa: ¿por qué no recordarlo leyendo el breve y periodístico *SOS en el Naranjo de Bulnes*? ■

\*Miquel Rayó es escritor.

## Bibliografía

- Anker, Conrad y Roberts, David, *El explorador perdido. El descubrimiento de Mallory en el Everest*, Barcelona: Península, 1999.
- Bukreev, Anatoli y Weston DeWald, G., *Everest 1996*, Desnivel ediciones, 2003.
- Bonatti, Walter, *K2 Historia de un caso*, Desnivel Ediciones, 2002.
- Frison-Roche, Roger, *El primer de la cordada*, Rodes Edicions, 1986.
- Hemmleb, Jochen, Johnson, Larry A. y Simonson, Eric R., *Los fantasmas del Everest*, Barcelona: Plaza y Janés, 2001.
- Herzog, Maurice, *Annapurna, primer 8.000*, Barcelona: Juventud, 1953.
- Hillary, Edmun, *Mi camino al Everest*, Desnivel Ediciones, 2000.
- Hunt, John, *La ascensión al Everest*, Barcelona: Juventud, 1953.
- Krakauer, John, *La fiebre del cim. Crònica d'una tragèdia a l'Everest*, Barcelona: Empúries, 1998.
- Messner, Reinhold, *Everest sin oxígeno*, Editorial RM, 1979
- Messner, Reinhold, *La segona mort de Mallory*, Barcelona: Proa, 2001.
- Pérez de Tudela, César, *SOS en el Naranjo de Bulnes*, Publicaciones Controladas, 1973.
- Rébuffat, Gaston, *Estrellas y borrascas. Seis caras norte*, Desnivel Ediciones, 2002.
- Rébuffat, Gaston, *La montaña es mi reino*, Desnivel Ediciones, 1999.
- Terray, Lionel, *Conquistadores de lo inútil*, Desnivel Ediciones, 2003.

Del libro *El sentimiento de la montaña. Doscientos años de soledad*, de Eduardo Martínez de Pisón y Sebastián Álvaro (Desnivel, 2002) y de otros en menor medida hemos obtenido la somera información general usada en el presente artículo. A la editorial Desnivel debería reconocérsele el esfuerzo por rescatar textos clásicos del alpinismo moderno y contemporáneo. Y a la editorial Juventud, por reeditar algunos textos clásicos del montañismo.

Las  
fotocopias  
no  
autorizadas  
de libros  
y revistas  
son un  
delito.

  
CEDRO  
Centro Español de Derechos Reprográficos

